

## PASTORAL DE LA PALABRA Y PASTORAL LITURGICA:

*Buscando su proximidad y acortando distancias*

JOSE J. RODRIGUEZ MEDINA.

En estas líneas sólo pretendo establecer un jalón más, o al menos afirmarlo, en el camino andado en estos últimos años para justificar las relaciones esenciales que existen entre la comunicación de Dios a través de su Palabra y por medio de las acciones sacramentales.

Si logramos situar bien esta relación dialéctica y probamos que existe objetivamente, habremos demostrado también que la Pastoral profética es indirectamente litúrgica; que la renovación litúrgica empieza siempre por la profética y que, a fin de cuentas, adentrarse en la acción litúrgica no es más que conducir la Palabra hasta sus consecuencias antropológicas últimas.

En su realidad profunda, allá donde la diversidad de las acciones humanas se contempla desde sus causas últimas que las reducen a su unidad, Palabra y Sacramento significan una sola y misma cosa: encuentro entre la única y eterna Palabra de Dios y el hombre, con y bajo signos externos diferentes.

Se sitúan, pues, esencialmente en la misma línea, la misma lógica y la misma experiencia religiosa que, iniciándose en formas verbales, se coronan en expresiones corporales: ambas realizan la única comunión del cristiano con el único misterio de Dios: la Palabra es «sacramentum verbale» y la liturgia «verbum sacramentale».

La razón que justifica la existencia de una y otra forma es histórica, antropológica, humana: los hombres se intercomunican intencional o espiritualmente primero; después la comunicación concluye con formas visibles más sensibles que comprometen al hombre en toda su realidad corporal y no sólo en su esfera conceptual y espiritual. Este compromiso corporal (=sacramental), a su vez da nueva hondura y significación a la intercomunicación intencional (=espiritual).

El hombre va así madurando y haciéndose, merced a nuevas síntesis dialécticas entre proyecto y realización, que poseen elementos materiales al parecer idénticos, pero que formalmente son distintos por su grado de profundidad y por la novedad de ulteriores experiencias y descubrimientos.

En esto se basa el tradicional principio de la sacramentaria escolástica, «sacramenta propter homines»: por ser el hombre lo que es —espíritu en forma corporal— necesita que sus contenidos espirituales (la Palabra) tome formas antropológicas (los Sacramentos, la Liturgia). La plenitud humana después de la resurrección corporal no necesitará de estas formas sacramentales. Los sacramentos son, pues, esenciales mientras el hombre existe en su forma histórica actual, como le es esencial la Palabra. Unos y otra realizan normalmente la plenitud religiosa del cristiano.

Creo que haber llegado a esta síntesis entre la Palabra y la Liturgia es una de las mejores conquistas de la teología sacramental moderna y de la Teología Pastoral, y uno de los mejores frutos del acercamiento y comprensión mutuos entre la teología protestante y la católica.

Desarrollaremos nuestro pensamiento según este sencillo esquema:

#### I.—Relaciones concretas entre la Palabra de Dios y la Liturgia:

1. Relación desde el aspecto externo.
2. Relación desde el punto de vista objetivo o misterico.
3. Relación desde el punto de vista subjetivo.
4. Relación desde el punto de vista social y comunitario.
5. Relación desde el punto de vista sicológico.

#### II.—Reflexiones y aplicaciones pastorales.

## I.—RELACIONES CONCRETAS ENTRE LA PALABRA DE DIOS Y LA LITURGIA

Las páginas que siguen pretenden mostrar la unidad dinámica y coherencia que existen entre la Palabra de Dios y la acción cultural. Es evidente que si logramos evidenciar la íntima vinculación entre ambas acciones pastorales, se derivará una serie de repercusiones que afectan a las acciones del pastor, a su comportamiento concreto en la vida litúrgica, a los criterios que deben regir las «prácticas» sacramentales, a las coordinadas que constituyen las líneas axiales de la espiritualidad cristiana.

1. Para quien mira la liturgia por fuera, desde su *aspecto externo*, fenomenológico, los ritos y de modo especial los más esenciales de la celebración sacramental —v. gr., los ritos del Bautismo y Eucaristía— constituyen el sello litúrgico que resume en formas y gestos materiales concretos, corporales y palpables, el Misterio que ya antes proclama la Palabra. De ahí que esos ritos vayan acompañados de los núcleos más kerigmáticos de la Revelación. Son, por lo mismo, síntesis riquísimas de la fe: el que se entraña en un sacramento, en cierto modo ve, toca, oye y se compenetra existencialment con la substancia de la fe. El ministerio sacramental es, pues, como una expresión externa y condensada del misterio de la fe plantado en el alma por el ministerio de la Palabra.

Aparece, pues, evidente la continuidad de ambos ministerios.

Desde esta perspectiva, el ministerio de la Palabra es indirectamente sacramental: si se dejan de lado enfoques jurídicos que complican y oscurecen las verdaderas dimensiones del problema, es claro que realizar la obra profética en cualquiera de sus formas equivale a introducir al oyente en la realidad mística del ministerio sacramental. Por ello mismo en la Iglesia debe darse diálogo e interpenetración constantes entre profetas y celebrantes del culto, tratando unos y otros de descubrir el alcance de su misión, y su respectiva complementariedad y subsidiaridad.

2. Desde el punto de vista *objetivo o mistérico*, es decir, considerado el efecto de gracia de Dios en el hombre, en su interioridad (renovación espiritual, justificación) la Palabra procla-

ma el significado fundamental objetivo del Misterio, lo expresa inteligiblemente; al mismo tiempo, ofrece la realidad que proclama, afectando sobre todo a las esferas más conceptuales y cognoscitivas del hombre. El sacramento presta a la Palabra su eficacia plena o sello definitivo: es una forma nueva, vital, una especificación personal individual y concreta de la Palabra. Así el bautismo es para el catecúmeno adulto como la incorporación última de la Palabra en él: la resume y corona afectando a todas las esferas del hombre, en especial a las más volitivas, afectivas, sensibles y corporales.

De ahí cuanto importe crear en la celebración sacramental las mejores condiciones para que los sacramentos, siendo obra de Dios, sean a su vez plenamente actos del hombre. Se ve también el lugar que los sacramentos ocupan en la estructura total de la santificación cristiana, habida cuenta de nuestra condición corporal, que exige a todo acto elaborado internamente su conformación terminal mediante actos externos.

Este sentido de plenitud espiritual en los sacramentos era menospreciado en épocas y concepciones antropológicas y teológicas, hoy superadas, que no habían descubierto aún el peso que lo corporal y visible desempeña en la actual economía histórica e intramundana del hombre.

Actualmente nuestras formas de pensar y vivir, y la significación de lo corpóreo y visible en todas las expresiones de nuestra existencia, ayudan más a comprender el valor totalizante y de plenitud en la estructura sacramental. También nos invitan a ser mucho más exigentes en todo lo que se refiere a los aspectos cualitativos y valorales, como actos humanos, de las celebraciones sacramentales.

Esto exige de la Pastoral profética un incesante volverse y orientarse hacia la vida sacramental para que toda la labor pastoral se perfeccione, concluya y culmine con ella. Se ponen en tela de juicio y se critican las diversas formas de Palabra que concluyan en sí mismas y no se abran a los sacramentos, reduciendo así el Misterio cristiano a inteligibilidad, teoría, idea, sistema, ética, humanismo, filosofía... Esta ha sido en buena medida la tradicional postura protestante, al rechazar los sacramentos o reservarlos cuando más a los espíritus rudos e incultos,

dejando para los cultivados y espirituales la sola Palabra de Dios.

3. Desde el *punto de vista subjetivo o del sujeto que experimenta*, toma conciencia interior de sus actos y quiere tener pruebas de su situación espiritual interior; el sacramento le expresa externamente con un signo visible lo que la Palabra ha obrado ya en él, el cambio o adhesión a Cristo. Manifiesta, pues, la voluntad interior del cristiano de darse, su fe personal.

De ahí la importancia de la sinceridad. A un verdadero acto interior suscitado por la Palabra deben corresponder gestos sacramentales externos equivalentes. Uno de los aciertos e impaciencias más justificados de cuantos sienten la liturgia, es su deseo de hacer efectivas en las formas litúrgicas las afirmaciones comunitarias que rezuman los textos y gestos sacramentales: no comprenden por qué en la puerta del templo se deban congelar y desangelizar las formas comunitarias y sociales en que estamos sumergidos por completo a lo largo y a lo ancho de nuestra vida secular.

Viceversa, la sinceridad debe impulsarnos a rechazar actos litúrgicos más o menos disciplinarios, que no responden a auténticas actitudes internas. En estos casos importa más la verdadera Palabra kerigmática que los actos sacramentales.

4. Desde el punto de vista *social y comunitario*, los sacramentos, particularmente el Bautismo y la Eucaristía, poseen una estructura preñada de compromisos comunitarios, de referencias al cristiano en cuanto inserto en un Pueblo o comunidad de salvación. El cristiano iniciado en estos sacramentos, de modo especial cuando se realizan en condiciones normales, tanto respecto de la riqueza expresiva de sus palabras y gestos como de la inserción en una verdadera comunidad cristiana, trabajada por la pastoral profética en todas sus formas, en especial la catequética, es interpelado intensamente a llevar su fe, suscitada por la Palabra, a sus últimas consecuencias comunitarias: la fe cobra dimensiones de apertura a los otros, de preocupaciones sociales, de formas incluso educadas y corteses en el vivir cotidiano del cristianismo.

La liturgia nos exige que no nos cerremos sobre nosotros mismos, sino que nos abramos a una Palabra proclamada en presencia de hombres y mujeres de todas las edades, estados y con-

diciones. En otros términos, nos exige una fe realista e histórica, y no sólo un compromiso personal con Dios que sólo afecte a la pura interioridad de la persona o a los valores exclusivamente personales, interiores y espirituales. El mundo de la comunidad en que estamos insertos se nos revela como objeto concreto al cual la fe debe volverse y con la que hemos de comprometernos. Este mundo tiene su primera encarnación en la comunidad co-celebrante en la liturgia: la comunidad es ya ese mundo y, al mismo tiempo, el símbolo de otro mundo más amplio, no presente en la liturgia, pero sí en la historia a la cual debe volverse con urgencias misioneras la fe del cristiano.

Así pues, desde el punto de vista social y comunitario los actos litúrgicos son los más perfectos de la fe del cristiano: en ellos se realiza la dialéctica yo-tú, condición, incluso psicológica, para devenir y ser hombre total. La interioridad se convierte en exterioridad; el cristiano, por la liturgia, en especial por los principales sacramentos, atestigua a la comunidad la fe que la Palabra le ha dado; la comunidad, a su vez, le reconoce como creyente y da a su fe vertientes, perspectivas, densidades y urgencias nuevas.

Finalmente, ante la comunidad, la fe de un cristiano concreto, al salir de la mera interioridad y al relacionarse, se dice, se sabe y se contrasta a sí misma. La no plenitud o imperfección del hombre como mero individuo, hace que cuando nos volvemos solos a nuestra interioridad para hallar en ella los contenidos de nuestra fe, nos encontremos indigentes y sólo con algunos elementos, más bien pobres, que frecuentemente sólo son reflejo de nuestra propia psicología. Insertos en la comunidad reconocemos con ella las expresiones cristianas que son las de nuestra fe personal, pero que sólo en la plenitud de un grupo creyente y celebrante adquiere toda la riqueza de sus expresiones. Nos descubrimos a nosotros mismos en la comunidad; y después, cuando volvemos a la fe de nuestra interioridad, ésta nos aparece con horizontes de que antes carecía.

Esta es la razón por la que, cuantos reducen su fe a la interiorización individual y solitaria de la Palabra, prescindiendo de sus expresiones litúrgicas y comunitarias, terminen a la postre en el empobrecimiento, en el monólogo, en el encuentro estéril de sí mismos. Esta es también la razón de que a un cris-

tiano, ya iniciado en la Palabra, pero en busca de nuevos horizontes, no hemos de remitirlo de nuevo a la Palabra escrita, sino a una comunidad creyente en la que va a encontrar la Palabra en su verdadero marco existencial cristiano.

5. Desde el *punto de vista psicológico*, el sacramento es una estructura fundada en la misma creación del hombre en cuanto espíritu encarnado en la historia: historia, creación y, en nuestro caso, sacramentos constituyen ese sobreañadido o sello psicológico que toda acción en cuanto realizada añade al mero proyecto, encerrado aún en la interioridad; a la voluntad sólo formada pero aún no concluída por actos eficaces visibles.

Al realizarse exteriormente, la voluntad interior toma los contornos, concientización y seguridad de que antes carecía.

Sicológicamente hablando, la liturgia es Palabra en acción, rostro externo de la Palabra interior: traduce, subraya, incorpora concretamente con signos materiales, en esta persona determinada, la realidad ya existente en la interioridad por la Palabra: el sacramento es a la fe lo que el gesto es a la palabra humana.

Consideradas las cosas sólo desde este punto de vista, coinciden los contenidos de la celebración sacramental y de la fe interior, suscitada por la Palabra.

Es obvio que cada una de estas relaciones, enfocadas desde diversos ángulos, es incompleta. Cada perspectiva es verdadera pero no es toda la verdad. Por eso es necesario considerarla a la luz de las otras relaciones. Vistas todas a la vez, a la luz de la sabiduría de los conjuntos, se descubre una totalidad sacramental enriquecida por cada una de las relaciones que hemos intentado describir.

Si se pierde esta visión de conjunto y nos aferramos a cualquiera de las perspectivas individuales, concebiremos de modo erróneo la estructura Palabra-Sacramento.